

UN CAMINO QUE NO LLEVA A NINGUN SITIO



Jesús GUTIERREZ

Uno llega a Malbazar en una mañana de abril

El día está todavía virgen. El sol acaba de salir. El rocío se agarra todavía a la hierba antes de que el sol lo convierta en neblina.

Un cuco pone el contrapunto musical al paisaje.

Uno acaba de dejar a su espalda la civilización y se sumerge enteramente en la Naturaleza. Mejor aún, uno es naturaleza. Uno forma parte de esas hileras de montes, de esas masas de árboles (hayas, pinos, robles), de ese canto de cuco monótono, lejano, insistente.

Uno va bajando hacia el pantano de Añarbe (¿habrá aumentado su caudal raquíptico con las últimas lluvias?) cuando encuentra un camino a la derecha que no conoce.

¿A dónde llevará este camino? A media ladera entre el Urdaburu y el pantano, camino tentadoramente horizontal, promesa impalpable de sorpresas.

Uno se mete por el camino desconocido.

Una firme hierba sirve de alfombra para los pies. Hierba fina y apretada, corta y menuda, sembrada de diminutas chiribitas. Moqueta natural que acalla el ruido de los pasos.

¿El ruido?

Se oye un rumor lejano que sabe a agua fresca, agua que cae en alegre cascada.

¿O será el rumor de las hojas? ¿De las hojas mecidas por el viento?

Uno mira a derecha e izquierda, a los esbeltos robles que jalonan el camino, y ve que las hojas están completamente inmóviles.

Uno cree haber dicho que la mañana no se ha levantado todavía. Acaso ni siquiera se ha despertado. Todo es quietud, y reposo, y fragancia.

Uno, que es curioso, observa que en la cuneta, debajo de los robles, ha nacido una pequeña haya. ¿No tenía que haber nacido un roble?

Más adelante comienza el bosque de hayas. ¿Cómo es que debajo de las hayas han nacido unos pequeños robles?

Uno, que ya no se sorprende ante nada, renuncia encontrar explicación científica al hecho.

De la cuneta, de debajo de las hojas, brota, uno no sabe cómo, un pequeño torrente.

Más adelante, otro pequeño torrente desaparece inexplicablemente en la misma cuneta.

Más adelante aún, un hilito de agua se junta con otro que baja del monte y caen unidos por entre rocas buscando el pantano que les espera abajo. Ellos producen el sonido de agua que es, a la vez, sonido de hojas, y es eco y es frescor, y es canto y es nostalgia.

¿A dónde llevará el camino desconocido?

Es camino nuevo, de trincheras desnudas todavía. Llevará seguramente a otro camino. Un camino que alcanzará quién sabe si la presa, quién sabe si la cumbre del Urdaburu.

Uno recorre el camino, a paso contemplativo, durante media hora.

Uno se encuentra con la sorpresa de que el camino se termina, queda cortado a pico sobre un brazo del pantano, se derrama por el barranco, se aniquila.

Uno queda admirado. Uno no puede ocultar su asombro.

En este mundo materialista, donde todo se mide por la utilidad que produce, uno ha encontrado un camino que no lleva a ninguna parte.

Uno puede sentir el placer de caminar, gozar de la sombra de los árboles, de la vista del verde de las hojas recién salidas de los botones en este día de abril, oír el canto de los pájaros y no ir a ningún sitio concreto.

Uno siente, sin embargo, dolor de corazón al hacer público este descubrimiento. Uno quisiera guardar para sí el secreto. Uno quisiera guardar con egoísmo, para sí y para siempre, el rumor del torrente para sus oídos, el verde de las hojas para su mirada, el blandor de la hierba para sus pies cansados...

